

## LETANÍA, UN PASEO

Va mutando por momentos. El tiempo no agujerea mi cabeza y no siento la necesidad de hablar mirando a la última palabra que saldrá de mi boca. Siento una especie de paz comedida que aparece los días en los que los rayos de sol golpean las ventanas de los edificios y la piel se restriega sobre la luz que irradian, la recoge y vuelve a proyectarla al resto de cuerpos, ralentizando los demás intercambios que en los días grises cobran especial relevancia. Contra todo pronóstico, el tiempo ha cambiado.

El final de mi contrato de trabajo se acerca y comienzo a sentir la particular euforia que, por norma general, da inicio a la nueva rutina que se situará, espero, más allá de las preocupaciones laborales durante al menos una semana. El cielo centellea sobre el agua y el sonido de la ría de Bilbao inunda el espacio desde una lejanía propia de las playas. Las voces de los transeúntes se confunden con el murmullo de los coches hasta el punto de no saber muy bien de que emisor proceden. Siento que el recorrido de mi paseo ha sido ampliado por una fuerza sobrenatural que también traspasa mi forma de sentir el camino.

Tras cruzar el paso de cebras que separa el local donde vivo de las obras de unos nuevos edificios de viviendas, me he topado con un objeto en la basura. El objeto, desgastado y deteriorado, sometido a las condiciones climáticas de una noche turbulenta, capta mi atención. Primera impresión: un fondo verde croma rectangular, bordes afilados, y margaritas, muchas margaritas. En ese mismo momento, como si de una necesidad primaria pero olvidada se tratara, comienzo a desglosar los matices que salen a mi paso:

La aplanada imagen está compuesta por cientos de minúsculas margaritas vinílicas, planchadas sobre los poros de una tela uniforme. Una llanura verde de película de ciencia ficción se extiende para que todas estas extrañas criaturas dibujadas por ordenador se conjuguen. Idénticas en la forma, no así en los tamaños, su ritmo se construye a partir de la localización de las mismas en el soporte.

Disfruto de la sorpresa antes de llegar a mi casa.

-Las margaritas son un motivo que todo el mundo puede reconocer, o al menos en nuestro imaginario cultural. Es como un símbolo, como una forma que ya de alguna manera conocemos.

Ya las conocía, bueno, no, no las conocía. Sabía que estaban allí, igual que su camino a casa, y al final, su casa. Maite me contó que los alrededores son muy bonitos y que le permiten dar paseos extensos con la cámara. Las margaritas son el encuentro, un punto en una línea que se traza desde una forma de vivir la cotidianidad. El paseo es el lugar en el que se produce el encuentro, uno de muchos, en el que la cámara se asoma para registrar el motivo con sus propias normas y códigos.

*-Hoy en día, cuando vemos una grabación, estamos acostumbradas a ver una cierta definición, por ejemplo cuando vemos una película o ponemos la televisión. Y mediante esta pequeña cámara que nada tiene que ver con una cámara de video al uso, recuerdo que existe un dispositivo, que hay un medio que te da ciertas posibilidades y te plantea la pregunta de cómo resignificarlo mediante sus propias especificaciones. Su propia definición, los zooms de aproximación, los movimientos corporales e incluso el propio sonido defectuoso de la cámara entran en juego. Y me doy cuenta de que ahora mismo la utilización de la cámara la siento como una extensión de mi cuerpo: una forma de intentar estar ahí, entre estabilizar mi cuerpo, ver que quiero y mirar lo que hay.*

La mayoría de las veces, las imágenes contienen el mundo; unas pocas veces, en cambio, muestran el momento íntimo que hemos compartido con ellas a la hora de producirlas, de pensarlas o incluso de desearlas. Y en este segundo tipo de imágenes nos miramos, nos reflejamos y tratamos de mantener ese mismo instante ya congelado en la imagen al mismo nivel de intensidad que el primer día.

Me siento a observar el paisaje. Decenas de siluetas de runners interfieren en el recorrido que se crea entre mis ojos y la valla publicitaria que se sitúa al otro lado de la ría. Mi mirada no consigue enfocar con claridad: no sabe cuál es el motivo que le interesa. "Demasiados estímulos", pienso. Observo cómo se entrecruzan colores sintéticos y movimientos laterales. En ese momento, extraigo de la escena el recorte de una silueta de una mujer de unos 30 años. La valla publicitaria anuncia la llegada de un nuevo barrio, definido sobre otro estampado liso, esta vez amarillo. El cartel asume el imaginario de las páginas de revistas de supermercado, con todos sus productos. Es un formato que muestra una falsa accesibilidad a la satisfacción, creando un deseo o promesa en la adquisición. En este caso, no solo se vende un producto. Se vende un hogar, muy diferente del que retrataba David Byrne en una de sus canciones:

Home is where I want to be  
Pick me up and turn me round  
I feel numb, born with a weak heart  
I guess I must be having fun

The less we say about it the better  
Make it up as we go along  
Feet on the ground, head in the sky

Never for money, always for love  
Cover us and say goodnight

I can't tell one from another  
Did I find you, or you find me?

There was a time before we were born  
If someone asks, this where I'll be, where I'll be

El bloque de palabras se apoltrona en la esquina superior derecha junto a una viñeta que sobresale de la mujer. Borro el texto en mi cabeza e imagino el eslogan con otras palabras, rescatadas del recuerdo que tengo de la exposición:

-Hartu zuretzako da.

Las palabras de Jone, más directas y, al mismo tiempo, más ambiguas, encajan perfectamente en este contexto. Un universo de moda y prensa rosa para adolescentes se despliega en su trabajo. Las imágenes impresas sobre adhesivos de vinilo, al igual que las palabras en formato de eslogans o las cajas modulares de papel grueso con autorretratos, son capaces de generar en mí aquello que las imágenes publicitarias en su contexto originario no consiguen: la intimidad.

-Cuando se produce una situación íntima, pienso que hay una gran conciencia de la misma, que a veces puede ser inconsciente. Que la situación en sí sólo te da la posibilidad de estar en esa situación, un estado de intimidad es eso para mí. Y que esta situación, además, te permite intensificar el entorno. Porque el estar solamente en ella aumenta la conciencia de lo que está precisamente dentro de ella.

Mi experiencia no se corresponde con las imágenes que se me presentan. Mi sensación postlaboral de verano condensada en este pequeño lapso de tiempo choca contra la frialdad de la sonrisa acartonada, la muñeca torcida que posa minuciosamente y del ángulo aparentemente imparcial con la que fue retratada la chica-objeto de la imagen. Siento que yo no soy un público objetivo, que este cartel no ha sido diseñado para mí, pero, aun así, hay algo que me agrada en todo esto.

Definitivamente, retomo el paso rumbo a mi casa.

Ari me lo explicó. Lo que le gustaba era la repetición, volver al mismo lugar una y otra vez, y encontrarlo diferente en cada ocasión. La misma técnica se empleaba en la psicodelia de los años 60 para facilitar los estados alterados de conciencia. Estos estados han sido a menudo representados como un viaje, como una inmersión en la duración mediante la repetición, una percepción temporal expandida. Un lugar en el que dejar que el fondo renazca como superficie para convertirse en fondo de nuevo: praxis contradictoria y placentera.

-Intentaba que hubiera más variación, pero siempre volvía al inicio.

El camino llega a su fin y me encuentro, una vez más, en frente de mi casa. Abro la puerta, me tumbo en el sillón y pienso en lo sucedido. Un día más, pero más que nunca, un día menos. La sensación que he sentido en el camino ya la había vivido antes, hace mucho tiempo.

*-Trazar una y otra vez un mismo recorrido, es algo así como simplificar para que la atención se pueda extender en el espacio abierto; esto tiene algo que ver con el deseo de asimilación de la formación del mundo.*

Durante mucho tiempo... quedarme aquí durante mucho tiempo. No volver al trabajo, que el bloque de edificios que construirán delante de mi casa no se concluya y tener la eterna certeza de ser parte del mundo. Esto es lo que pienso mientras me doblo sobre el sofá, como un niño recién nacido esperando el sueño. Me gustaría estar aquí por siempre. Y vivir, vivir una y otra vez, en la repetición del camino que me ha llevado a mi hogar, una vez más, en esa repetición. Esa misma repetición que, con suerte será, tan íntima como la primera vez que se creó el camino.

Ander Rebordinos